



IGNACIO GONZÁLEZ OROZCO

Los días de “Lenín”



Los días de “Lenín”

IGNACIO GONZÁLEZ OROZCO

narrativa izana

© IGNACIO GONZÁLEZ OROZCO, 2013
© Diseño de cubierta: LARA BOTO
© Ilustración de cubierta: ANA SALGUERO
© AMBAMAR DEVELOPMENTS.L., 2013
www.izanaeditores.com
Avenida de Machupichu, 17-3 28043 MADRID
Tel.: 913880040
e-mail: izanaeditores@izanaeditores.com
Diseño y Preimpresión: Antonio García Tomé
ISBN: 9788494260711

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

*A mi padre, Antonio, porque bien sabe de lo que aquí se
habla.*

“No son los males violentos los que nos marcan, sino los males sordos, los insistentes, los tolerables, aquellos que forman parte de nuestra rutina y nos minan meticulosamente como el tiempo.”

EMIL CIORAN

Esta narración está basada en sucesos que tuvieron lugar y en personajes que existieron o viven, pero no es una crónica veraz de ningún acontecimiento ni tampoco una biografía individual o colectiva.

Los días de “Lenín”

Como cliente más anciano del establecimiento tengo algunas ventajas nada despreciables, aunque en ocasiones se tornen un tanto engorrosas. El personal del hotel me presta una atención preferente, sin que yo la haya pedido ni sea estrictamente necesaria, pues me valgo bien por mis propios medios dentro de las limitaciones que fija la edad y no pretendo discutir, como otros neciamente hacen.

Debo decir en su descargo que esta corte de asistentes, surgida a mi alrededor como por generación espontánea, se muestra discreta en su aplicación y por ello más digna de aprecio.

Lo mejor viene cuando me dan conversación este o aquel -o aquella, porque predominan las mujeres en el plantel- y, sobre todo, cuando me escuchan más allá de la mera cortesía. Siempre he sido un hombre locuaz y di-charachero, y además muy testimonial (¿cabe decirlo así?), en tanto que aficionado a narrar con detalle ese acervo de vivencias que tachonan mi biografía. Vulgo, las *batallitas*; golpes de herrero que forjaron el ser moldeable donde fui encapsulado al nacer. Y así, conocedor de mis inclinaciones (una de las pocas gracias que debemos a la vejez), procuro moderarme en el discurso, no tanto en la unción como en la longitud, con la triple finalidad de agradecer la atención recibida, evitarle el sometimiento del hastío y, derivada de la anterior, preservarla en adelante, para seguir

solazándome con una conversación que mucho tiene de discurso (mío).

Ayer por la noche, después de mi primera cena en este caserón serrano reconvertido en hotel, salí al jardín para sentarme a la misma mesa redonda de rocalla, resguardada por cipreses, donde mi padre y don Pascual tomaban el café de la tarde hace casi ocho décadas. Allí hablaban de asuntos de mayores que para nada importaban al niño de ocho años que yo era; se demoraban largo rato a la sombra de los árboles que guarecen el lugar -¿serán los mismos de entonces?- y allí volvían después de cenar, a la luz de una farola de forja, tal vez la misma que ayer me alumbró, en cuya cima se celebraba un congreso de pequeños monstruos alados de diversa especie. Estaban esos bichos, como sus actuales descendientes están, tan borrachos de luz que nunca vuelven sus agujones, de tenerlos, hacia el mundo inferior de los humanos. Supongo que lo mismo les ocurre a tantos iluminados de distinta ralea y calaña, cuyo saber, pretendido o real, los obnubila hasta churruscarlos en su pretensión de sublimidad.

Un banco con respaldo, de rocalla también, comba su trazo junto a la mesa, delineando un hemiciclo bajo los cipreses. Cojines pálidos, largos como losas disuelven la dureza natural del asiento; son indudablemente nuevos, aunque el estampado a flores de los forros parezca antiguo. Sus antecesores deben dormir el sueño del olvido desde hace décadas; veo en ellos a los vástagos de un linaje sin más parentesco que su función, pues ni todo puede perdurar al dictado de mis recuerdos ni todo puede ser sucesor directo del mundo que otrora compartíamos este caserón y yo. Mil vueltas da la vida y a veces no resta de nuestra experiencia pasada ni el rastro levemente esbozado en un hecho posterior.

El mundo de mi infancia se fue, el que vino después también pereció y el de ahora no quiere reconocerse como producto de los anteriores, ni siquiera para negarlos. Yo

intento recordárselo con pluma y tintero. Y lo digo así, recurriendo a un anacronismo tan extremo que nadie pueda tomar en serio, porque me gusta insistir en que la escritura es un trabajo esforzado (y forzado, pues nadie que lo sienta puede contener su grito). Ya no tendrá el escritor callos en los dedos, como cuando escribía con pluma de ganso (un amigo me dijo un día: “Peor era lo del tallista que copió el código de Hammurabi sobre una estela de diorita”, con lo cual rebasó todas las barreras de mi concepto de lo arcaico), pero sí el perenne dolor de espíritu, a menudo prolongado en cefalea, que le provoca su prurito de expresión. Es la necesidad de aportar cadencia a la palabra y eco a la idea; y la aspiración a crear belleza y conocimiento.

Cabe recordar que en los días de mi niñez, cuando las máquinas de escribir mecánicas -las eléctricas llegaron mucho después- eran portentosos aparatos de uso industrial, administrativo y comercial, aún escribíamos domésticamente usando plumilla y tintero, además de con estricta, casi carcelaria caligrafía. Algo de tan vieja pauta ha subsistido en mí, que uso el ordenador tanto como todo hijo de vecino, pero mantengo la costumbre de escribir a mano cuando necesito emboscarme en mis pensamientos. Me siento más cómodo, más enfrentado a mi verdad interior mediante ese silencio y con ese recogimiento físico, plegado en cuerpo y mente sobre la idea que va pariéndose sobre el papel.

Siempre van conmigo y junto a mi circunstancia (... junto al hombre que quisiera hablar a Dios un día), cual extensión física de mi pensamiento, el bolígrafo y la pequeña libreta de papel cuadriculado, por ahora último descendiente -esta sí, como tal vez los cojines de una dinastía de incontables confidentes de márgenes anillados. Su espiral me recuerda las circunvoluciones del pensamiento, cuando no la propia vida: un fino curso de alambre sujeto a deformación, enredado en las trampas del

mundo pero siempre con sus cabos fuera de este, surgiendo el inferior de la nada que precedió a su creación, soñando el otro con que no habrá esa nada que le aguarda a su término.

En las páginas de mi libreta me puse a escribir ayer por la noche, sentado a la mesa de rocalla y bajo la luz sucia de espectros alados, para plasmar mis primeras impresiones sobre la nueva vida de este caserón donde renacen las imágenes, los sonidos y aun los aromas percibidos hace casi ocho décadas.

Uno de los sonidos ayer recuperados fue el del trueno.

También me resultó conocida la brisa fría que lo precedió, con esa sensación de humedad asperjada sobre la ropa. No esperé a la lluvia, que presumí inminente y se precipitó, en efecto, no más pude franquear la puerta principal del caserón. El agua caía rabiosa sobre el jardín y la temperatura bajó con el mismo encono.

Junto a la puerta, bajo el alero exterior me aguardaba el conserje de noche, que a punto había estado de salir a prevenirme de la proximidad del aguacero. Juntos pasamos a la cómoda sala de estar habilitada en el espacio de recepción.

-Son cosas del tiempo de aquí -me explicó innecesariamente mientras contemplábamos los relámpagos que transitaban la oscuridad más allá de las tapias del jardín, asomados a uno de los ventanales de la planta baja.

El conserje es un hombre canoso y regordete, con cabeza de una redondez destacada por la calvicie que había conquistado su testuz. Debía de frisar la edad de jubilación; se trata, desde luego, del empleado más veterano de una plantilla joven, que reúne gentes de diez o doce nacionalidades.

-Lo sé -respondí-. Ya estuve aquí hace muchos años, cuando era un niño.

-¿Ah, sí? ¿Y no volvió desde entonces? Porque no le recuerdo a usted ...

Pareció quedarse pensativo.

-No, desde entonces no había vuelto -dejé de buscar intervalos regulares entre relámpago y relámpago para volver mi rostro hacia el suyo-. Hace tanto desde aquella primera visita que usted aún no había nacido. Fue al comienzo de la guerra, hace 76 años, día arriba día abajo.

El conserje abrió unos ojos como platos y lanzó un breve silbido de admiración, sorprendido por lapso tan largo.

-Entonces no había hoteles en el pueblo -profesional comentario-. Solo debía existir la fonda de Julián, en la plaza, que cerró hace muchos años.

El tiempo no pasa igual en el campo y en la ciudad.

Sobre el asfalto, entre semáforos, coches y quehaceres frenéticos, donde la vida estuvo programada mucho antes de la invención de los ordenadores personales, todo son prisas; sin embargo, los plazos se relajan en el campo, como vendas viejas o como las cuatro estaciones, que remolonean en su entrada pero siempre acaban presentándose con toda su potencia. Desde esa óptica rural, la expresión “hace muchos años” se sumergía en un abismo cronológico de difícil sondeo; pero sí, recuerdo que había una fonda en la plaza, o tal vez me lo hayan contado, aunque nosotros no estuvimos alojados en ella. Nosotros - mis padres, Juan Antonio y Fernanda; mi hermana Mentxu y yo, y nuestra perra, *Flor*- fuimos huéspedes de don Pascual, el entonces dueño de este caserón hoy convertido en hotel.

-¡Don Pascual Sanz! -casi se emocionó el conserje, que más tarde dijo llamarse Braulio-. Yo también lo conocí ... Bueno, todo el mundo lo conocía en el pueblo, ¡cómo no! Trabajé para él de joven. Era un gran hombre. Hizo mucho por el pueblo cuando fue alcalde. Mi tío Serafín era su chófer, usted tuvo que conocerlo.

Por supuesto que conocí a Serafín, guardés, chófer, montero y asistente en general de don Pascual, de quien no sabía que hubiera llegado a dirigir la corporación mu-

nicipal. En realidad, nunca supe nada acerca de ese buen señor, salvo que era compañero de trabajo de mi padre, seguramente con un rango superior en el escalafón español de aquellos laboratorios farmacéuticos alemanes donde se empleaban ambos. Pero nosotros vivíamos en Bilbao, él en Madrid, y los contactos entre uno y otro, aparte del teléfono, se limitaban a los viajes que mi padre hacía regularmente a la Villa y Corte, donde radicaba la delegación central de la empresa. Antes de la guerra, creo que había visitado un par de veces nuestra casa; debió de ser meramente para hacer los honores a mi madre, la “visita del médico” como por su brevedad suele decirse, y nunca coincidí con él (estaría yo en el colegio, supongo). Así que mis primeros recuerdos de don Pascual Sanz corresponden a julio de 1936, cuando llegamos a este pueblo de la vertiente segoviana de la sierra de Guadarrama, adonde mi padre consintió en ser invitado, tal vez más por compromiso que por agrado.

Advertí a Braulio de que poca cháchara podía darle con respecto a nuestro antiguo anfitrión. Me sentí obligado a ello, para no defraudarlo.

-Como comprenderá, traté poco a don Pascual porque yo era muy niño, tenía ocho años y frecuentaba poco a los mayores. Parecía un hombre afable, con unos bigotes muy grandes que, se lo confieso, me daban bastante asco.

Sonreí buscando la complicidad del conserje, su anuencia ante mis caprichos de infancia. Él también sonrió, antes de confirmarme entre risas:

-Unos bigotes enormes, sí, que no se rasuró nunca.

De viejo los tenía color marfil, de la nicotina.

Tal vez era el momento de averiguar algo más acerca del prócer:

-¿Murió muy mayor? -curioseé.

-Sí, con más de noventa años, yeso que nunca dejó de fumar. Enterró a su mujer y a su hija mayor, aparte de a su hijo ... -por un momento pareció dudar de si estaba

al caso de aquel óbito-. Ya sabe, el único varón. El que murió en la guerra.

Asentí con un leve movimiento de cabeza. Braulio concluyó:

-Los últimos años, don Pascual se pasaba el día tosiendo, pero nunca dejó el cigarrillo.

-Al menos murió satisfecho, ¿no cree? Tuvo una larga vida y nunca renunció a su vicio preferido.

-Pues no sé qué decirle, señor González.

Braulio sí sabía de primera mano, y yo de oídas, que don Pascual no quiso volver a vivir en Madrid después de la guerra (la casa de la nobiliaria calle de Arrieta le traía demasiados recuerdos del hijo finado, así que sentó sus reales en la mansión del pueblo, ya para siempre). Me contó también que doña Cecilia, la esposa del prócer, murió mucho antes que él; y que el señor y sus hijas se llevaban fatal, decían que por una amante mantenida durante largos años en Valladolid, a la que con frecuencia visitaba. Algunas situaciones siempre acaban en los mentideros públicos, y las hijas achacaban la muerte de su madre al dolor y la vergüenza provocados por el desdoro de las infidelidades paternas.

Unas pocas palabras habían bastado para que Braulio me diera del "gran hombre" apenas otra noticia que sus vicios y devaneos sentimentales. Así de selectiva -y de malvada- es la memoria.

De cualquier modo, la personalidad y vida de don Pascual me interesaban bien poco. Después de la guerra apenas mantuvieron trato, mi padre y él. Nunca hubo problemas entre ellos, pero meditaciones de opuesto sesgo sobre la experiencia compartida los separaron para siempre. Yo nunca había sentido curiosidad por nuestro anfitrión; la voluntad es caprichosa y quizá perduró en mí ese asco infantil a sus bigotes ásperos, que habían rozado mis mofletes sonrosados de inocencia con ocasión del beso de presentación, cuando llegamos a la casa. Creo que desde